



“Y al fin y al cabo, creo yo, el destino de toda cosa en el universo, tal vez incluso el universo mismo, sea convertirse en Literatura.

Todo hecho que no se pierde de la memoria, se vuelve Historia o Novela, y finalmente la Historia se lee como Novela, cuando ha pasado mucho tiempo y ya los nombres y las situaciones carecen de significación afectiva para nosotros. Todo es, o será, Literatura, o por lo menos todo es, o será, leído. O al menos escrito.”

**Mario Levrero, El alma de Gardel**

# LA CIUDADE DE MI VIDA

Anónimo

Felipe es un joven adolescente de dieciséis años de edad, toda su vida ha sido tímido y solitario. Es un muchacho noble y de buen corazón, orgullo de sus padres por ser el mejor estudiante de cuarto grado del instituto.

Por más de tres años, ha vivido enamorado de Paola, la chica más linda y popular que ha conocido. En pocas palabras, todo lo contrario a él. Ella era su amor imposible.

Como de costumbre, todas las noches Felipe se acomodaba sobre su cama y revisaba el perfil de Paola en Facebook. Cada foto le hacía producir una pequeña sonrisa involuntaria pero, a la vez, se sentía muy cobarde por no tener la valentía de expresar sus sentimientos.

Después de muchas luchas internas, finalmente tuvo el coraje para entrar en chat con Paola. Ella respondía amable y divertida... y así, nació una entretenida conversación aquella noche. Felipe la invitó a salir el siguiente día y ella aceptó.

Toda la noche no pudo dormir pensando en la cita, imaginándose a Paola a lado suyo. Pasaban por su cabeza varias escenas de ellos tomados de la mano, ambos caminando por el parque, yendo juntos al cine, etcétera, etcétera.

Los rayos de luz que asomaban por la ventana hicieron que Felipe despertara. Se había quedado dormido demasiado tiempo, ya eran las once de la mañana. Su madre no estaba, los sábados salía a trabajar.

Era tardísimo, y él vivía a unas horas de la capital. Con Paola había quedado en encontrarse a las dos de la tarde en la plaza central. Su estómago rugía de hambre. Preparó algo ligero y se arregló a toda velocidad para su cita; se perfumó, se vistió elegantemente. El día estaba perfecto para declarársele al amor de su vida, nada podía fallar.

Mientras caminaba, se cruzó con unos perros rabiosos que buscaban comida en unos contenedores de basura. Al notarle, los perros comenzaron a acercarse llenos de furia. Felipe corrió con toda su fuerza, pero los canes no dejaban de perseguirlo. Cada vez con más ansias deseaban morderlo. Atrapado en un callejón, intentó treparse por una pared pero no lo consiguió. Uno de esos perros se lanzó contra él. Lo mordió en el brazo derecho. Entonces se acercaron un grupo de jóvenes que, por su aspecto, parecían mendigos. Sacaron algunos palos para amenazar a los perros.

Felipe agradeció por la ayuda e intentó marcharse. Sin embargo, uno de ellos lo agarró del hombro, le colocó un puntiagudo puñal en el abdomen y exigió todas sus pertenencias. Felipe intentó zafarse, pero recibió un golpe al rostro. Terminó al suelo. Los pandilleros sacaron rápidamente su celular y salieron corriendo.

Felipe se sentía terrible, fue el peor día su vida. Empero, teniendo el ojo hinchado, el brazo rasguñado y herido, no iba a permitir que su cita con Paola se arruinara. Se puso de pie, con la cabeza en alto y continuó su camino.

Al llegar a la parada de autobuses, notó que todos estaban con exceso de personas. Por cuestiones de seguridad



Ilustración ©Fabricio L.

los chóferes ya no permitían el ingreso. Felipe se le acercó a un ayudante, le ofreció unas monedas —que por suerte no le habían robado junto con el celular— para que lo dejase entrar en el maletero. El ayudante aceptó y lo subió a escondidas del chófer.

Había pasado tantos malos ratos en un solo día, pero Felipe no se dio por vencido. Pues al final del camino se encontraba Paola y eso era lo más importante.

A la mitad del transcurso se escuchó un zumbido. El chófer detuvo el bus y se bajó a revisar. Se habían pinchado los neumáticos traseros y no había manera de continuar. Todos los pasajeros comenzaron a reclamar al chófer pero, lamentablemente, la única solución era esperar a que pasara otro autobús después de dos horas. Era terrible. Solo le quedaban veinte minutos para la cita con el amor que siempre ha anhelado.

Decidió caminar, en fin, no estaba tan lejos de su destino, si se apresuraba tenía una pequeña posibilidad de llegar a tiempo. La desventaja era que sus zapatos estaban llenos de lodo debido a que la carretera no era asfaltada.

Intentó limpiarlos con algunas hojas de arbustos pero terminó empeorando la situación, estaban hecho un asco. Comenzaba a sentirse cansado y desanimado. ¿Qué podría ser peor?, se preguntó Felipe. Y de pronto el cielo oscureció. Cayeron grandes gotas de lluvia que, en breves segundos, lo dejaron empapado.

Felipe continuó hacia la plaza donde había acordado con Paola. Estaba tan deprimido que ya no le importaba como la gente lo veía.

A pesar de todo, logró llegar a tiempo al lugar de encuentro. Paola aún no aparecía. ¿Se le habrá hecho tarde?, se

preguntaba él mientras observaba su reloj. Pasó un largo tiempo. Felipe seguía esperando en aquella plaza. Sentía ganas de llorar, todo su día había sido un desastre, nada que ver con lo que había soñado la noche anterior.

De repente se acercó una joven señorita. Camila, su mejor amiga y compañera de curso. Ella se sentó a lado de Felipe. Sonriéndole, le preguntó por qué se encontraba tan triste. Felipe le contó detalladamente lo que le había sucedido y que la chica que le gustaba lo había dejado plantado.

Camila tomó la mano a Felipe. Le dijo que ella siempre va estar para él y que cuando tenga problemas no dude en pedirle ayuda. Fue entonces cuando Felipe sintió algo en su interior...